

ATAÚD TALLADO A MANO

FLÓBERT ZAPATA

Me parece a veces que nosotros, en vez de vivir juntos, tendríamos tranquilamente que acostarnos juntos para morir.
Franz Kafka
Cartas a Milena

“SUB SPECIE AETERNI”

A: “Cada vez te alejas más rápidamente de los que viven. Pronto te borrarán de sus listas”. B: “Es el único medio para tener parte en el privilegio de los muertos”. A: “¿En qué privilegio?” B: “El de ya no morir”.

Federico Nietzsche

La muerte es el último tabú.
Timoty Leary

EL FUNERAL

*Me pregunto nocturnal
si estás inerte o dormido
y sólo puedo decirme
que estás en clave de cirios.*

*Al acercarte te alejas.
Al silenciarte me pierdo.
¿Meditas o estás en blanco?
¿Aún te llamas Roberto?*

*Con Carlos Héctor y Orlando
serás luz introvertida.
Ya no te pueden hablar
mis labios de parafina.*

*Deja que la vida llame
tu rostro que viene y va.
No sé cerrar esperanzas.
La luna no morirá.*

*En tableros de azafrán
rayas ahora tu sino.
No es cierto que te moriste,
es sólo que estás más fijo.*

*Aquí seguimos subiendo
detrás de virus distintos,
extirpe bajo las piedras
que sueña soles de vidrio.*

1

Siempre dormí muy mal.

Después de muerto,

seguro seguiré durmiendo mal.

Seré un mal muerto,

seré un muerto cansado.

Nada me preocupa de la muerte,

excepto esta certeza

de que voy a seguir durmiendo mal.

2

INFARTO

Nos entregan la muerte a pedacitos.

No queda otro camino

que recibir la muerte a pedacitos.

Pedacitos de hoy en codicia y afanes.

Pedacitos de ayer en genes de fatiga y de terror.

Mañana en pedacitos siempre azules,

con un fondo de piano en primavera.

Pedacitos dinámicos: meditas en el fin.

Pedacitos estáticos:

foto del padre muerto que sonrío.

Pedacitos con cáncer.

Pedacitos noticias:

la muerte de un amigo.

Pedacitos ardientes de lujuria o dinero.

Pedacitos de amor

recubiertos con dulce chocolate,

y calaveras dentro, algunos.

Pedacitos de gloria

con sangre y con heridas o facturas de compra.

Nos entregan la muerte a pedacitos

y a veces nos la entregan toda junta.

3

Afuera autos lujosos.

Entrando, amigos, la familia,

vecinos y allegados,

tan ricos como el hombre

que en cuestión de minutos

estará en lo profundo del sepulcro.

El llanto corresponde a la opulencia

que el muerto tuvo en vida.

En una tumba, lejos, recostado,

sin llorar, sin hablar, sin maldecir,

hay un pariente pobre.

Ha empezado a llover:

¿gratitud o venganza?,

¿perdón o indiferencia?

4

Y una tarde cualquiera te preguntan
por lo qué es el amor,
una tarde de manos de enfermera;
y no puedes decir nada distinto:
escoger para el otro
las mejores cenizas.

5

ARROJADO EN EL MONTE

Gallinazo que rondas

mi cuerpo y vas y vienes sobre el día.

Gallinazo, es mi cuerpo para ti:

me anuncias que la nada se avecina.

Recibe tu salario, mensajero:

por una vez la vida se detiene.

Emprende tú trabajo de limpieza,

el festín esperado,

sin saber de los besos que me arrancas, de sueños

que en la piel fueron frutas infinitas,

de miedos y esperanzas, de las penas,

de sueños que nacieron en lo negro:

ascendí a lo sagrado.

Rey de los gallinazos, impaciente,

muerde, ingiere y que venga tu bandada

a acabar en segundos

una vida pequeña que lamió eternidad.

En nada te pareces a los fieros humanos,

te devoran despacio y con sevicia:

te conservan en hielo,

esperan unos días,

y entonces se reparten tu pasado

para matarlo a solas cada uno.

Ya sé que soy su cena,

procedan, traguen, descuarticen.

Duele igual, gallinazos, pero al menos

sólo el instinto puro nos reúne,

sin las hipocresías de los hombres,

sin picos y sin garras invisibles,

sin sus voraces cielos de mentira.

6

Previo a morirse,

hay que tomar algunas precauciones.

Por ejemplo, apagar con especial cuidado
el último cigarro que te fumes.

Aprovisionar queso,

jamón, pan fresco y leche en la despensa,

hablará de tu orden

y de tu inteligencia previsiva.

Poner doble cerrojo a puertas y ventanas,

dejar algún dinero en efectivo

en un lugar visible,

dar dos o tres consejos, serán el testimonio

de que no siempre fuiste masticador de nubes.

Infaltable el elenco de instrucciones

sobre aquellos asuntos, también los no resueltos,

de mayor gravedad en esta vida

y que pueden tener relación con la otra

en un momento dado.

Lejano es donde vas y todo debe

quedar en total orden:

poco podrías hacer si algo pasara.

No muy seguro

de que regreses algún día,
bueno es de todos modos
dejar todo dispuesto, por si acaso.

7

En ese instante justo
de silencio infinito
—obstinada insistencia
del calor en lo triste—,
después de los discursos
en honor del cadáver y sus glorias,
un bebé de seis meses
bosteza y se devora a todo el mundo.

8

Tan cruel la vanidad, tan amarga la envidia.

Y mirar lo que somos:

huesitos con recuerdos.

Huesitos en joyeros de forma tan sencilla,

que más tarde serán

huesitos sin recuerdos.

Que más tarde serán

—en documentos fríos—

recuerdos sin huesitos.

Que luego serán nada.

Eso somos no más.

Huesitos que serán

trasplantados a cajas de madera

y luego a cofrecitos de la tierra.

Huesitos con memoria.

Es toda nuestra esencia,

envidia cruel y vanidad amarga.

9

Tenía quince años.

Era decente, limpia, capaz de la bondad

como ahora eficiente en esto de morir.

Rodea el ataúd

una aglomeración de uniformes azules;

igual si fueran púrpuras o verdes:

ser joven es ponerle

color al duro trance que trae cada día.

Llueve afuera del templo, adentro hace calor.

El sacerdote mira

a un profesor que espera

con papeles en mano

y corbata y vestido.

Con gravedad pronuncia

un discurso inundado de adjetivos.

No dice que es alumna de la espera,

ni menciona tampoco

el lento aprendizaje

de la inmovilidad.

10

Escucho sus piadosas oraciones.

Siento caer sus lágrimas

sinceras y amorosas.

Elogian mi pasado y me hacen tan feliz.

No descreí jamás de sus palabras:

yo fui un buen derrotado.

Es nítido el sonido desde aquí:

acústica sin lógica,

como todo misterio finalmente.

El sellado ataúd me da la soledad

que no me dio la vida:

lúgubres y serenas reuniones.

Agradezco la forma en que vivimos:

los ácidos afanes que nos perdían siempre;

la inexpresividad, ahora fugitiva,

cuando palabras somos

y no manifestarlas es maldecir las piedras

en vez de acariciarlas.

Este duro contraste de música y silencio

me hace entrega total de la pureza,

que ahora me subyuga casi hasta el infortunio.

11

Si hubiese conocido la hora de mi muerte
me hubiera emborrachado antes de que llegara.

No van con el final
conversaciones serias y profundas;

no hay lugar para edictos o sentencias.

Le hubiera dicho cosas duras, que la ofendieran.

Hubiera vomitado sobre su viejo calcio.

Con la propia botella le hubiera roto el cráneo.

De su guadaña hubiera hecho hebillas.

Pero la loca muerte me sorprendió a mansalva.

Ayer, martes, mitad del mes más largo,
once de la mañana.

Bastó con que oprimiera

por menos de un segundo

mi cansado miocardio con su índice.

12

No sé ustedes, colegas,

cadáveres que todavía andan:

yo esperaba la muerte entre paisajes góticos

y escalofriantes choques de sombras y relámpagos,

con un fondo de gritos de bebés escaldados,

lamentos iracundos de fieras y alimañas

y aullidos demenciales de seres de ultratumba.

Debía haber temblado:

traqueteo de huesos

viniendo hasta mí lentos, impasibles.

Y llorado febril

con la sola visión de su guadaña.

¿Y qué creen, amigos?

La muerte para mí fue una muchacha bella,

lamiéndose los labios lujuriosa,

sexo rojo y abierto,

como si no bastara lo vivido.

13

Por favor una silla en vez de un ataúd,
y una canción flamenca
que me haga recordar la esclavitud
de viajar por la fuerza,
a cambio de la ronca
convención de cigarras de sus rezos.
Y una danza, cualquiera,
de mujeres desnudas y senos opulentos:
mi Aqueronte de leche.

14

Todo está tan vacío.

Se ha ido la ciudad de cacería.

Los elementos se han vestido de fantasma:

mí única referencia en este oscuro hueco

en el que soy bacteria congelada.

¿A dónde viajaré en este vehículo

que no tiene motores ni volante?

Su frágil y pequeño maderamen

explotará en pedazos con sólo una mirada.

Ya nada será extraño después de haber vivido

el olor de las frutas, el agrio de los vinos

y las bellas desnudas.

Acepto este traslado

con tal de que no falten las palabras

de las que los poetas convocan en el sueño

y momentos de jazz, aunque no cine.

15

Ya te consolará la propia muerte.

Te dirá que te sientes asustado
porque por vez primera yaces muerto,
que se hará una costumbre.

Es cuanto más se acerca
a lo que conociste y ahora extrañas:
bondad y cortesía.

16

Ese hombre no está muerto
porque se rebeló su corazón.

No está muerto tampoco
porque perdió por siempre sus temblores
o porque no respira.

Está muerto porque
no puede maldecir, frente al espejo,
la vida, que era todo y le mintió.

CADÁVER QUE HA PERDIDO CONCIENCIA DE LO HUMANO

¿Qué daño les he hecho?

Mi solitaria falta:

permanecer inmóvil y en silencio.

Que no caigan más lágrimas,

van a arruinar mis ropas con la sal excesiva.

Un grito más y romperán mis tímpanos.

Ya guarden sus camándulas,

dejen de repetir y repetir sus fórmulas monótonas.

¿Qué daño les he hecho

para que así me ultrajen?

La luna baja limpia, no la ensucien.

¿Vendrán nuevas molestias

y más tarde crueldades y obsesiones?

18

Un muerto es un hombre que se va.

Es un hombre que vuelve.

Un hombre que desciende.

Que sube. Que descansa.

Que se desvía. Que sueña.

Que deambula.

Que se hace polvo.

Pero también un muerto

es un hombre que huye.

19

El ataúd se abre

y es una boca, estrecha,

que se traga al cadáver.

Sala de velación:

nueva puerta, más amplia,

que ingiere al ataúd

para expulsarlo luego de unas horas.

Entonces es tragado por la boca del templo,

que también lo devuelve.

La fosa lo recibe finalmente.

El cadáver de ese hombre

que se ha librado al fin del mal aliento.

20

A la meta llegué muerto
y el camino recorrido
no era tampoco la vida.

21

El único problema:

aprender a vivir.

Y cuando aprendes, finalmente,

te tocan las campanas.

Están velando tres muertos al tiempo

en "Jardines de la esperanza".

Cada doliente ingresa,

pregunta por el suyo,

va directo a su sala,

ofrece unas plegarias en voz baja

o le rinde tributo de silencio.

Nada para el ajeno, que casi lo convida,

que sueña con olvidos menos verdes.

Persisten en la muerte,

de manera inconsciente,

a nombre del amor o la piedad,

las duras inclemencias de la vida.

23

ALERGIA

Un muerto tan querido por la comunidad,
nimbado su ataúd, casi enterrado,
por cientos de coronas y de ramos de flores,
que ahora corre el riesgo
de morir otra vez, intoxicado.

24

No formol en las venas

sino tacitas de limonada caliente,

mejorana, acedera, manzanilla,

para el pobre muertito

y prevenir así

un ataque de nervios, un resfrío,

en su viaje a regiones tan altas, tan insólitas.

25

Con los ojos cerrados van los muertos
en su ruta hacia el cielo
y nunca se ha sabido del primero
que haya colisionado
con un satélite
o con un meteoro.

En vida ese radar maravilloso
les hubiese ayudado de seguro
a esquivar a la muerte.

26

Camina un hombre por la calle.

Mira las nubes.

Es arrollado por un auto. Muere.

Hecho cadáver

el hombre continúa observando las nubes,

sólo que más de cerca.

27

Ciertos detalles

de los velorios

hacen pensar

en una obra perfecta.

Iluminan lo mismo las virtudes,

que satisfacen

los vicios del difunto.

Los cirios con sus humos, por ejemplo,

son para el muerto

su generosa y última

dosis de cigarrillos.

28

Que asistas a una misa

del entierro de alguien.

Sólo por cortesía o relaciones públicas

o por matar la tarde

(aquel que últimamente te vendía las frutas;

un pariente lejano,

de tu mujer o tuyo, no recuerdas;

el colindante antiguo

y tan desconocido, sin embargo)

y que justo en el medio de la misa

empieces a sudar

y tu pecho se agite y mueras de un infarto

y estropees la digna

tristeza del momento.

RECLAMA EL CEMENTERIO SAN ESTEBAN

Vienen a mí tan solo

por la comodidad que les ofrezco.

A mi costado izquierdo

los expendios de flores,

en una calle larga que sube hasta el afán.

A una cuadra escasa, el templo "Cristo Rey":

raídas oraciones y tan francas.

Ni siquiera recuerdan que entre los cementerios

soy el de más antigüedad,

el de fin más distante por ser el más anciano,

ni el especial prestigio de mi nombre

en los más exigentes santorales.

30

No me suicido, no.

Algún beso me guarda

esta pera podrida: soy su error.

El mal devuelve un poco

la savia descompuesta que ha chupado

y me la entrega plena, boca a boca.

O no me entrega nada:

vomita y sus residuos me buscan por azar.

Y aún así

no me suicido, no.

Prefiero esta luz sucia,

nacida del encuentro de dos óxidos,

a la nada tejida con frambuesas

y al gusano de dulce voz y eructos de labios.

31

Murió primero

el hermano mayor, el que chupó

más calcio de mi madre, más dulzura,

probando que no basta merecer

la eternidad

para llegar temprano.

Tenía planeado

amarnos más despacio, tumba a tumba,

pero murió primero

y nos dejó esperando.

32

Esos ancianos que desafiaron el tiempo
y saltaron sus nichos.

Las venerables manchas del paisaje,
a las que les faltara destrucción
y les sobró caminos.

Esas sombras maltrechas
que tosen asfixiadas en los parques,
llamando a una muerte que no viene,
que parece esquivarlos y vengarse.

33

Para salvaguardarla de ladrones,
a la costosa lápida, importada,
la han protegido con una reja de hierro.

Más parece, al final, que se tratara
de un sangriento asesino
y el ciego cautiverio
de cemento y ladrillos
no fuera suficiente.

34

El paciente que sale en la camilla

—anestesia total—

después de delicada cirugía

es casi un muerto, casi no es un vivo.

Basta que la anestesia

se rebele y no diga:

—Levántate y camina.

35

SE BUSCA

Flóbert Zapata

pregunta por su padre.

Trece de octubre del sesenta y siete:

vez última que fuera visto,

aquí en el cementerio de Filadelfia, Caldas,

a dónde vino huyendo “desterrado”

de zarca Pensilvania dos décadas atrás,

aparte de otras plagas

pasquines por debajo de la puerta.

Encontraría al llegar violencia más atroz

y por poco le toca huir de nuevo:

secretos bajo lápidas y hostias.

Señales más visibles:

carpintero, fotógrafo, escultor en madera;

en la frente un panal de abejas, siempre;

en la espalda y el cuello

las marcas de un disparo de escopeta,

porque era liberal;

algún carné firmado por su mano,

secreto por entonces y ahora público;

unos ojos de densa nicotina,

Virginia o Pectoral, soñando que los miedos
se fueran diluyendo en espirales;
su columna en pedazos por caer de un andamio
cuando refaccionaba la cama del Señor
y Él no lo supo nunca.

Lo busca para que cumpla aquella promesa
que nunca pudo hacerle y se supone
entre dos que han sentido idéntica barbarie:
hablar y beber juntos una jarra de vino.

36

Los hombres remitidos por el sol,
se derriten exacto en la pared.

Mi enfermedad los ve
morir de uno en uno.

Por favor, que se mueran de una vez.

37

La limusina se detiene frente al templo:

azabache que rueda

y mancha la memoria.

El conductor,

todo un profesional en modos y palabras,

está muy por encima

del dolor o el placer,

conciencias vagas de la muerte.

Abre la portezuela,

indiferente, frío,

vigoroso, preciso.

Parecería

que fuera a descargar

un electrodoméstico.

Descarga un ataúd

con un cadáver dentro.

38

Voy a morir

y mañana habrá fútbol

y espasmos y desmayos.

La infancia tocará una a una las puertas

y no le abrirá nadie.

Voy a morir con dos

aguardientes sembrados en los pies

y un río de claveles en la aorta.

Por una sobredosis de senos, por un nombre

que se pudrió temprano.

Voy a cortar lenguajes

con filo de esmeralda tartamuda,

con un beso salvaje.

A danzar sin sandalias y sin túnica.

En mi recién fundada casa

y es como si dijera “voy a morir sin agua”.

Y sobre cada siglo

continuará lloviendo sangre,

que el sol de los estadios

absorberá eficiente.

A beber en lo alto, ojos vendados,

el gozo que la grama

suspende en la mirada de los hombres.

Voy a morir sin cuello y con espaldas,

cerrado, compasivo;

sin conocer mi sombra,

saltando loco, solo, de uno a otro lado.

Rezándole a un caballo;

inocente, ruidoso pez espada.

Con venas agrietadas por el ansia.

Mascando hojas de un libro con polillas y ácaros.

Estudiando las manchas de los huevos

de codorniz, donde está todo arte.

Voy a morir silente,

sin ganas de volver y sin marcharme.

Sin arder de quietud ni de ganas de amar.

Voy a morir, es todo.

Como cantar un gol

o no aceptar un trozo de papaya.

39

Esta misa de entierro
es para cuatro muertos.

Con un solo ritual
dan su primer bocado metafísico
a cuatro hambrientas bocas.

Me pregunto si cuando estaban vivos
un solo plato hubiera bastado para todos.

40

Un monstruo hambriento

encuentra un ataúd

con un cadáver dentro

y cree que es una nuez y se lo come:

—No está mala la almendra,

un poco blanda, sí;

tiene gusanos pero saben bien.

Partió fácil la cáscara.

41

La muerte fue producto
de los juegos de un dios desocupado.
Sin darse cuenta,
le dio vida una tarde.
Y matar a ese dios en adelante
fue la obsesión más ciega de la muerte.
Desde el origen vienen su demencia,
su dura ingratitud y su amoralidad.
Cuando el dios decidió
regresarla a la nada,
la fórmula no estaba en su memoria.
Entonces, fastidiado,
ese travieso dios creó a los hombres
buscando que la muerte
se ocupara con ellos
y lo dejara en paz.

42

Lucía,

te voy dejando

gusanos como señas.

43

NAVIDAD

Caminan con paquetes en las manos,
envueltos en papeles coloridos
y cintas de colores.

Creen que llevan
regalos en las manos
y son en realidad cadáveres.

44

Lo único que tienes que hacer es esperar

justo en el centro

de una plaza desnuda,

sentado sobre un féretro,

a que pase la vida

bailando y dando gritos.

No pasará en el día ni en la noche

por más que lo desees,

pero esperar distrae tu fatiga.

45

Cada cinco mil años

parpadearás vertiginosamente.

Cada cinco millones de años es posible

que se active en tu rostro

una sonrisa apenas insinuada.

No despertarás nunca.

46

El ataúd ha salido
del templo y es transportado
despacio hasta el cementerio.

Parientes inconsolables.

Una inscripción lateral
en filigrana de plata:

“Fue el más triste de los árboles”.

47

Quince hombres arrancados de sus casas,
llevados a un paraje solitario.

Carniceros que encienden motosierras.

Fabriles escafandras

protegen de la sangre que salpica.

Gritos amordazados y dolor:

la noche sin su honra.

Reta y acusa, arriba, la luna de Quevedo.

Gruñendo, alguien la mira y la maldice,

abajo, más abajo del subsuelo.

48

Cada cementerio es

una lívida letra de mí nombre.

Cada tumba, una célula de mí.

Cada día, una iglesia

de huesos barnizados por la luz.

DESPEDIDA DE LA AMANTE

Vas a la guerra desnudo, muerto mío, compañero.
Sin armas, sin cantimplora, sin una alforja de higos.
Sin los ecos de los cascos contra la tierra ni el leve
alborozo de las garzas despertadas por el vértigo.
Toma estas dádivas del amor y el remordimiento:
saber que nunca gozaste un deseo menos triste.
Mas no serán para ti carcaj, arco ni pañuelo,
tan sólo mi libertad: el beso sobre el que vuelas.
No de otro modo se cierra el amor, no de otro modo
la vida limpia al que sufre.

50

A veces salen buenos los cadáveres.

A veces salen malos.

No hay forma de saber

cuál será fiel, cuál te dará el amor,

cuál te va a asesinar mientras sonrío.

51

Anciana, sobre tu cadáver
aletean con furia los instantes
del deseo negado.

Apagan obsesivos
el fuego de los cirios,
se meten en las almas
de los que ahora te velan
y los hacen temblar y enmudecerse.

52

La muerte, que es mi doble,

actúa por mí en la dicha

y me abandona en las escenas de dolor.

Los aplausos son suyos y los quema.

53

Recuerda esos encuentros con la perplejidad,
cuando después de que hacemos el amor
tienes sueño y te duermes
y al despertarte traes en los labios
briznas de azúcar de ultratumba.

54

La muerte se masturba, se masturba.

Cada cadáver es

un miembro para ella, y no repite:

escoge uno distinto cada vez.

Y a veces la muy puta

se contenta con mil y no con uno.

55

LO VI MORTALES

En los entierros juegan:

esconden el cadáver en el bosque

y al que lo encuentra

le conceden un premio.

No saben de tristeza los ritos funerarios

y el muertito sonríe.

CARTA DEL MÁS ALLÁ

Es verdad que hace frío.

Pero el frío es nuestro alimento único,
el sol destruiría todo orden.

En cuanto a mí,

estoy mucho mejor

desde que he comprendido que llorar
es un caro consuelo: cada día ver menos.

Contemplarme hacia adentro, cada vez más adentro,

hasta ser tanto yo que no me reconozco,

me libra del dolor de no poder amar,

de no sentir nostalgia por la vida.

57

SANTOS OLEOS

Entrega los prestados hielos de la avaricia.

Saca las amuletos sumergidos

en lo que fuera lodo y es memoria.

Escancia el vino fuerte de los escalofríos.

58

DE DOS NIÑOS QUE OBSERVAN UN CADÁVER

—¿Por qué guarda silencio?

—No ves que está tratando

de recordar su nombre.

59

Tu misión en la tierra:

trabajar largos años,

construir una casa.

Luego sentarte a ver

cómo se va llenando de cadáveres.

60

LEMA DE LOS ENTERRADORES

Con cada cadáver sellamos

un agujero del infierno.

61

EPITAFIO PARA UN AEROFÓBICO

Donde leo azafata,

leo también

amorosa enfermera.

Donde leo piloto,

leo también terrible enterrador.

62

EL CADÁVER

La tierra que lo cubre

está más viva que él:

heridas de lugar sus pobres alas,

el tiempo sin los huecos en que estuvo.

Pero luego los dos serán iguales,

al querer levantarse y no poder

si no son ayudados por el viento.

63

Me ha llegado de pronto

una brutal, creciente,

sensación de llenura,

como si hubiera estado

al tiempo en tres banquetes.

De resto no me siento mal,

aunque no puedo abrir los ojos

ni tengo movimiento

y porque los escucho

llorar frente a mi cama inconsolables.

64

RUPTURA

Dentro de ti mi cadáver

y tu cadáver en mí.

Sacas de ti mi cadáver:

te sacas a ti de ti.

Sacas de mí tu cadáver:

te sacas en mí de ti.

65

Una montaña

de un millón cadáveres,

en un millar de años,

produce la energía suficiente

para encender la luz

de un cocuyo durante tres segundos.

66

LEY DE LA INERCIA

Todo cadáver tiende
a conservar la duda.

67

FUGACIDAD

Hace no mucho tiempo,
para sobrevivir, un pez optó
por convertirse en pájaro.

Hace cinco segundos
que hice doler la pelvis de mi madre.

Y muy poco de aquello:
el chico que gemía por amor.

Hace un rato era un muerto
y no me levantaba.

68

VICIO

El placer de fumar

después de las comidas.

A veces comer rápido

para poder prender un cigarrillo.

¿Por qué morimos rápido

y vivir no es placer?

69

CUMPLEAÑOS

Dos regalos, canción, algunas risas.

Un pastel con velitas encendidas.

Y trescientos sesenta y cinco cadáveres.

70

Un vivo no es un muerto porque aun tiene
rosadas y calientes las cenizas.

71

Suelo espiar a la muerte

cuando bajo la lluvia va desnuda.

Para que a mí viniera

sería suficiente abrir la puerta.

Pero prefiero así,

mirarla hasta dormirme

al pie de un agujero en mi ventana.

Me concentro en sus mamas:

la leche que gotea,

deseosa de tierra, de sus largos pezones.

Las calles que recorre son mis calles.

72

Besé a la muerte en los labios

y ella me mordió la lengua,

la arrancó y se la llevó.

Desde entonces no me ama

y cuando a veces me habla,

lo hace con mi propia voz.

73

Dios sólo viene al mundo

cuando hay buena cosecha de cadáveres.

Quienes mueren por fuera

tienen la inmensa suerte

de no ser transportados por su mano.

74

CUARENTA AÑOS

No te afanes, muchacha:

es cadáver aquello que posee

voz de pasado y cuerpo de presente.

75

LA RAZÓN DEL OLVIDO

Cada uno escogía
un muerto para ver
a través de sus ojos.

El paisaje dolía
y los hacía llorar.

No pude escoger, fui el último en la fila:
sólo quedaba un ciego.

76

EL AIRE TAN DEMÓCRATA

Hablan como si fueran a morir

(Olvidan el vacío, lo pretenden).

Miran como si fueran a morir

(Las nubes: algodón de azúcar gris).

Leen como si fueran a morir

(El arte los protege, por fortuna;
en tierra volverá a ser fugaz encuentro).

Respiran cual si fueran a morir

(Disfrazan la quietud de pretensión).

Callan como si fueran a morir

(Cierran los ojos unos).

Calmados, pensativos

(Una azafata ofrece emparedados, jugos:
nuestros antepasados surtían al cadáver
con abundantes viandas para el viaje).

Intelectuales, fríos

(Una que otra sonrisa lo confirma:
nadie tan desprendido del mundo como ellos).

Todos como si fueran a morir.

77

Aplaudamos al muerto

anónimo y sencillo

y no sólo al nimbado por fama o por riqueza.

Desesperado actor, ineficiente,

ha debido gritar para ser escuchado

en un tablado del tamaño de la tierra.

Habría que aplaudirlo

en masa y sin medida,

aunque no más el grupo

familiar y de amigos haya visto

su teatro aturdido, inevitable.

78

Los obreros trabajan todo el día
en el inmenso cementerio
que es la ciudad
y en la noche regresan
a morir a sus casas.

79

El proceso termina.

Entrarás finalmente.

Mas oye la noticia:

los verdugos más fieros

son los del paraíso.

80

MORIR

Devolver, era falso, el corazón.

Pedir uno de bruma.

El cuerpo, también falso, sin relevo:

vacío suspendido entre dos piedras.

81

En vez de soledad,
como todos presienten,
uno está acompañado todo el tiempo,
a veces en exceso.

En el más solitario y apartado rincón
encuentras por lo menos mil cadáveres.
A veces acontece que millones de ellos
se coordinan para formar una montaña
y evocar los paisajes de la tierra.

82

Yo que trascuro en él,
diré qué es el infierno,
ahora con absoluta propiedad:
un mundo donde todo
es perfecto y el limpio,
es suficiente y negro;
con un cruel parecido
a esas alegrías de los hombres
que nacen del dinero.

83

Asesinos de otros somos todos
y de nosotros mismos,
aunque no haya un letrero
en la frente, en la puerta, de verdugo.

También sepultureros,
que ejercen el oficio de manera indirecta.

Y escultores de lápidas,
excepto que tallamos los crueles epitafios
en billetes o en rostros desechables.

Una cosa no somos ni seremos:

vendedores de flores;
es asunto de Dios y de su corte.

Uno por uno somos flores de invernadero
que van a decorar la tumba inmensa
que es la eternidad.

84

Dios se duerme y te enfermas.

No maldigas la clínica.

No maldigas la noche.

Si quieres despertarlo

debes morir primero.

85

Sales a caminar.

Sólo que no regresas. Eso es todo.

Sin árboles ni pájaros.

Vas a ninguna parte. Sin fatiga.

Solitario. Callado.

Sin nubes. Sin sonidos. Siempre solo.

A veces colisionas

con un cadáver torpe

y al querer disculparte,

o despedirte luego de algún diálogo,

te das cuenta que era una alucinación,

tu única posible.

Sigues sin preguntar. Sin luces y sin sombras.

Sin disputas. Sin fotos.

Sin paisajes sangrientos.

Solo. Siempre tan solo. Sin llorar. Sin reír.

Sin dudar. Sin lactosa. Sin aquellos teléfonos.

Con demasiadas rutas por andar.

Ni rápido ni lento.

Sin ríos. El mar como una mancha lejana.

Con una solitaria persistencia:

el deseo de ser abandonado.

86

El dolor. El cadáver. Y las lágrimas.

Las flores. El formol. El maquillaje.

Las motas de algodón en nariz y en oídos.

Las deseosas larvas.

El vestido. La cruz.

La lápida. La fosa.

La vergüenza de no seguir enfermo.

87

LA ALCANCÍA

La tierra es una gran alcancía de Dios.

Las moneditas

de esa rica alcancía son los hombres.

Con los ojos cerrados, Dios saca moneditas

de la alcancía cuando está muy llena:

ahí es cuando nacemos.

Y le echa moneditas

cuando está muy vacía: es cuando nos morimos.

88

SOMBRA

Un día a las tres de la tarde

un payaso de gorro cónico

fue una tumba de cruz quebrada.

89

DICEN QUE FUE SUICIDIO

Abrir y cerrar lápidas

es la labor del tiempo.

Y renovar las flores de las tumbas.

E hipnotizar los vivos

para que no renuncien

y sigan en el cuento hasta el final.

90

Qué sensación de que los otros
son gusanos normales y yo no.

Qué francas sus sonrisas.

Tan abrigados todos y qué frágil
mi camisa obsoleta.

Qué lento llega el tiempo
y cómo tarda el hambre.

Qué dolor en los ojos
y el llanto que no viene.

Qué horrible sensación
de que los otros están muertos
y yo no.

91

Despertarás un día de estos
con negra vocación de carnicero.

Matarás a tus sombras una a una.

Demolerás también

las fotos de las sombras.

Todo lo harás tendido en una cama.

La sábana será por vez primera

ese nudo que no se puede deshacer.

92

Ya pasaste la edad de las agujas.

Y todavía no logras

caminar por el cielo.

Y en tu lengua persiste el sabor de la tierra.

93

Hay entre los mamíferos

uno que corre y corre y nunca para.

Para que se detenga y no reviente

hay que darle un sedante,

guardarlo en una caja de madera,

muy bien asegurado con puntillas,

y ponerlo dos metros bajo tierra.

94

No me canso de verte sonreír.

No me canso de verte amar.

No me canso de verte cantar.

No me canso de verte andar.

No me canso de verte besar.

No me canso de verte hablar.

No me canso de verte morir.

95

La vida siempre se negó a decirme

las cosas que sabía.

Debió habérmelas dicho

con claridad,

una a una y despacio.

Pero no, me las dijo

todas juntas la tarde

en que murió mi padre.

96

Las veces que me encuentro, y son tan pocas,
con un hermano,
no dejo de mirarlo
fijo a los ojos.

Quiero saber si está
muriendo lento o rápido,
bien o mal, mucho o poco,
feliz o con tristeza.

97

Un ataúd en hombros.

El fracaso de no poder subir.

La ilusión de ya no descender más.

Un cuerpo que devuelve

el lugar que ocupaba en el espacio.

98

La vida

sabe mucho de ataúdes.

La muerte

sabe mucho de muchachas.

99

CIVILIZACIÓN

En el mismo paquete

las flores, el cadáver y el antiácido.

100

En el día te llenas

el vientre de hospitales.

Vomitas en la noche

o salen en el semen o la orina.

Un día uno se queda.

101

Un cadáver es alguien
que hace una reverencia en la frontera
y nadie la recibe
ni a un lado ni al otro.

—¿Quién dio muerte a Zapata?

—Él mismo, fue su hazaña.

Se vio morir y estuvo imperturbable

—dicen— en realidad

lo subyugaba el miedo.

Sus últimas palabras:

“Dios no me oyó pues continúa vivo”.

103

He conversado con la muerte algunas veces.

Padece de halitosis, usa ropas baratas.

Es bien incoherente en lo que habla.

Orina agua de mar, en ocasiones

ella ha sido mi ducha.

Dice que sabe leyes y es mentira.

Después de media hora se torna predecible.

Habla y habla y se duerme,

se recuesta en tu pecho

y lo llena de versos.

104

Sobre el nochero pongo los recuerdos de infancia,
por si de pronto enfermo.

Si me ataca el fracaso ellos me hidratan.

Son también poderosos analgésicos.

Sus efectos sedantes

nadie los pone en duda.

Sirven como veneno

si te encuentras rendido

y decides partir.

105

Motitas de algodón en los oídos:

cansado de la música y los ecos
precisas ya de un poco de silencio.

Otras motitas, dos, en tu nariz alérgica,

esta vez con distinta pretensión:

que no se filtre un virus peligroso.

Una espumita encima

del labio superior como si hubieras

bebido una cerveza

con pulso estremecido.

El cuerpo introducido en un misil

que volará a unos metros de la tierra

y se levantará en la soledad,

cuando nadie lo mire.

106

Aviso que voy a saltar.

Aviso que voy a salir.

Aviso que voy a orinar.

Aviso que voy a reír.

Aviso que voy a morir.

107

Ya viejo observo que no amé lo que creía
que amaba de muchacho.

Sólo amé las mujeres
que tenían algún compatible atributo
con esta dulce casa en la que moriré.

108

Me resulta imposible

dormir si hay un cadáver a mi lado.

Por más que me demuestren que es normal

no puedo conciliar el sueño

si sé que hay un cadáver a mi lado.

Sólo si ese cadáver

está dentro de mí puedo dormir.

109

Creí estar acostado

en la cómoda silla

de un consultorio de odontología.

Me encuentro en un incómodo ataúd.

En el centro de una sala de velación.

Al menos la anestesia es superior.

110

No nos enseñan a morir.

No nos enseñan

a ir muriendo despacio.

A masticar la vida hasta dormirla.

111

Qué pereza, qué frío.

Que sueño, qué apetito.

Qué implacable deseo

de tocar unos senos.

Qué perdurables ganas

de no saberme muerto:

luz hecha de gusanos.

Y en otras ocasiones

ni pereza ni frío

ni sueño ni sed ni hambre

ni ganas de estar vivo:

gusano hecho de nubes.

112

Cantan mucho los gallos en mi tierra.

Antes de morir cantan.

Cantan blues con el cuello degollado.

Ahogados en burbujas

cuando oscuros disparos

penetran en sus pechos.

Cantan cuando les cortan

las alas con feroces motosierras.

Cuando les introducen

agujas en los picos y los ojos.

Hinchados por el agua, repiten y repiten

las canciones del río.

Si los secuestran cantan.

Y cuando son comidos por los lobos.

Si los entierran,

con mal pegadas lápidas,

no paran de cantar.

Si sus cuerpos no son hallados cantan.

Cantan, cantan y cantan.

No cesan de cantar.

113

La vida es animal

cuya nuca no acaba de romperse.

Balucea infructuosa porque no puede hablar.

No cumple su amenaza

de quedarse en silencio para siempre.

114

Van dos días y aún no me acostumbro

a llevar ataúdes en mis pies,

a llevar ataúdes en mis manos,

a llevar ataúdes en mi boca,

a llevar ataúdes en mis ojos.

Los olvido debajo de la cama,

se me quedan debajo de una sombra,

en las letras con sangre de una vieja balada.

Morir es una fila de objetos y de sueños

que se demoran en hacerse ajenos.

115

Ellos me moverán.

Primero levemente

y luego con violencia.

Me llamarán a gritos

después de los susurros iniciales.

Yo seguiré dormido.

Entenderán entonces

que adoptar mi silencio

y mi exacta postura

es la única manera, aunque precaria,

de comunicación.

116

La muerte perdió un bolso
con algunos cosméticos
y cosas de valor muy secundario,
no pocas inservibles.
Se olvidó del asunto,
era un bolso barato, ya viejo y decadente.
Los hombres lo encontraron
y le pusieron nombre: Paraíso.

117

Inyectará la muerte sus polvos en tu risa
cuando menos lo esperes.

Es cierto que los dioses juraron protegerte
pero fueron burlados por una fuerza extraña
y reconocen tristes su impotencia
y bajan a tu pecho y se suicidan.

Ellos renacerán de los escombros.

A tu pálido rostro
lo cubrirá otro rostro.

118

Nunca tuve tiempo de enfermarme.

Nunca tuve tiempo de esperarme.

Nunca tuve tiempo de perderme.

Nunca tuve tiempo de morirme.

119

REANUDACIÓN

Ahora estás en el féretro. Recuerdo

cuando estábamos vivos,

charlando en el café,

también de pronto ausentes:

los espacios en blanco

de la conversación

que sabe ser tranquila.

Comencé a hablar primero.

120

ARROJADO

Violento será el golpe

de la barca en tu cráneo.

Y grande la sorpresa del barquero,

que no esperaba pez

tan grande y con vestido.

No te pedirá excusas

y no podrás decirle

que te deje seguir

tranquilo por el río, ya conforme.

121

DÍA DE PAGO

La lenta fila de los jubilados.

De los sobrevivientes.

De los bozos teñidos.

Patria de los que caen uno a uno.

Fulanito no vino.

A qué horas se detuvo,

en dónde es el entierro:

lapidarias preguntas

sobre las estaciones pequeñas

que son ahora los días.

Vendrá un nuevo reemplazo:

el hueco reparado.

La muerte es buen plomero, y muy puntual.

122

ARMERO

Cadáveres de un hijo y una madre

flotaban en el río.

Diecisiete años él,

de la madre la edad tú la supones.

Desesperanza y barro

de la cruel avalancha que es la vida.

Abrazados, perdidos,

de una manera que hace recordar

ese fugaz momento

en que el deseo no se parece a la muerte.

123

La muerte entra en tu cuerpo

por un hueco y por otro se retira.

Ingresa por un poro y se regresa

por una cicatriz.

A veces entra inmersa en las comidas

y sale con las heces.

Camuflada en un beso.

Con cuchillos o balas.

En una cirugía. Con palabras.

Se va de mil maneras.

Con miradas, adioses. Envuelta en una lágrima.

En un caliente sueño.

Callada casi siempre.

A veces grita cosas.

Sabe que odias la vida

y te amenaza con permanecer afuera.

Sabe que amas la vida y te amenaza

con quedarse en tu cuerpo y no salir.

Que se decida al fin, que se decida.

124

Y cuando te pregunten dónde vives,

no dudes en decir:

—Vivo en el cementerio.

Se burlarán de ti

pero siempre responde: —Vivo en el cementerio.

Sin reticencias dilo,

no importa que se callen.

No dejes por favor, de responder así.

—Vivo en el cementerio, vivo en el cementerio,

vivo en el cementerio...

Y si no puedes

no digas nada.

Pero siempre que puedas no digas otra cosa:

—Vivo en el cementerio, vivo en el cementerio,

vivo en el cementerio, vivo en el ...

125

Mantendrás la carne
por un breve tiempo.
Luego se irán yendo
los desnudos huesos.
Al final los dientes.
Todo tan brutal
como una sonrisa.

126

Un muerto es un mendigo y es un dios.

No porque pida es un mendigo

sino porque le dan

sin que pida y no puede negarse.

Un dios porque ya nadie

puede infringirle daño.

127

ECOGRAFÍA

Rodillas encogidas.

Manitos en el pecho.

Mira, es un feto.

Contraído de miedo

desde antes de nacer.

Presiente los dolores que le esperan:

la muerte en caramelos.

128

No más que un mausoleo es esta inmensa tierra,

sobre el que estamos todos:

muertos que caminamos.

Coherentes, humildes,

van algunas especies de riguroso luto.

Negras son todas

las cosas en el fondo

si bien miramos

o esperamos un poco

su descomposición.

Helas ahí:

las baladas del oro,

las vísceras oscuras de la luna,

el perfume sobrante del deseo...

Difuntos sin memoria, envanecidos,

erigimos los hombres lo contrario:

cementerios de falsa simetría,

ilusión de que estamos

tan lejos del final como queremos,

tan cerca del amor como soñamos.

Mas la tierra no es más que una gran tumba.

Es todo lo que es.

Debían enterrarnos
en el lugar exacto en que caemos.
O dejarnos ahí si no estorbamos.
No pensar en lo eterno,
ahorrarse los trayectos, los ensueños.

129

Finalizadas

las honras fúnebres,

el ataúd asoma

por la boca del templo.

Como si un dios

se hubiera intoxicado

y lo regurgitara.

130

En un gran cementerio

busco una tumba

No sé por qué ni para qué.

Ni cómo, ni siquiera llevo el mapa de vicios.

Debo leer despacio una a una las lápidas

hasta que una señal,

misteriosa o prosaica, lo revele.

Son cuatro horas perdiéndome.

Presiento cercanía mas no llega.

Salgo del cementerio,

recorro calles, parques y avenidas.

La ciudad me fatiga,

multitud de cadáveres que ni siquiera temo.

Regreso al cementerio.

Me acuesto bocarriba sobre un prado.

Cierro los ojos, duermo.

Pasadas unas horas,

una luz débil brinca de la tierra

y agujerea mis párpados:

me recuerda que no debo buscarme.

131

ANIVERSARIO

También entregan

noches así

los cantos fúnebres:

un día de estos

al desnudarnos

para la muerte

despertaremos

para el deseo.

132

Me obedece la mente.

Me obedece el invierno.

Me obedece la duda.

Me obedecen los perros.

Me obedece el error.

Me obedece el vocablo.

Me obedecen los ojos.

No obedece la risa.

No obedece la muerte.

133

LA MUERTE

Compradora exigente,
compulsiva, iracunda,
que busca y busca y busca
la casa de sus sueños
y visita y visita
cuerpos, cuerpos y cuerpos
y ninguno le place
y, rabiosa, los mira y los fulmina.

134

Se pudren los cadáveres
por propia voluntad y agradecidos.
Fue la vida unas cortas vacaciones
y hubo felicidad
y no faltó la pena
y es hora del regreso.
Y sienten una honda gratitud
y no quieren llevarse ni una brizna
de lo que les fue dado
con generosidad y con locura.

135

Un piloto terrible

sacude la avioneta

para que no te duermas

y para que no dejes de creer

que continúas vivo

y para darte un poco

de terror y reír

y un ataúd

es la nave en que viajas

y tú eres el piloto y el viajero.

136

En un enorme ábaco,
cuyas cuentas son cráneos humanos,
Dios hace operaciones aritméticas.
Le faltan muchos cráneos
para poder contar
los sueños y las penas de los hombres.

137

Mi abuela me decía
que los hijos menores
se morían primero que los otros.
Fui el menor de ocho hermanos
y a veces siento arena en mis piñones,
que ya venían, confieso,
imperfectos de fábrica.
Abuela, ¿para cuándo el ascenso a mayor
de la perplejidad y del vacío?,
¿la ligera presencia en esta foto
que ahora me es tomada
con fondo de pared y de tus ojos?

138

Las cosas dulces son las más posibles.

Dulce es lo que de tanto dolerte no te duele.

Cada vez más lejana

la infancia y no la tocas

por más que hundas las manos en juguetes.

Encuentros con parientes en entierros

y nunca en una fiesta

y nunca en una carta.

El abuelo obstruido en el esófago.

La tía de los celos en la hinchazón del labio,

que por instantes no reconocía a sus hijos.

Primo Gonzalo,

no soy capaz de verte

de lo muerto que estás,

dejemos el café para otro día.

139

EN UNA TUMBA CÁLIDA

Las faltas que cometes

ahora y que serán

la justificación de tu existencia,

cuando pasen los años.

Los instantes robados

al rudo mundo de la hipocresía.

Dulces vicios secretos:

invisible epitafio

de una tumba futura.

140

Soy ciego, tengo hambre.

Doy un traspies y caigo.

A los que así sufrimos

debieran eximirnos de vivir.

Soy ciego, tengo hambre.

Entro a un restaurante, pido carne.

El frío recipiente en el que me la sirven

es de madera y tiene una forma inusual.

Lo recorren mis dedos:

un bruñido ataúd tallado a mano.

141

Un muerto es alguien que no sabe a dónde va
y quiere ser llevado
y cree que lo llevan.

142

CADÁVERES

Mírelos ahí callados
mientras el mundo sangra
y su neutralidad
los eleva a lo estético.

143

Al final de la jornada

es todo lo que nos queda:

los huesos de nuestros muertos.

Pero la memoria es mala

y olvidamos su presencia:

calcio que se fuga lento.

De pronto no queda nada

del blanco que su existencia

tiraba a nuestro recuerdo,

porque indescifrables garras

se han llevado hacia otras tierras

lo que tenía de eterno.

Para algo así se preparan

nuestros huesos y tristezas:

todo lo que dejaremos.

144

SON MERAS, MERAS, GUERRAS

¿Cómo orientarnos?

El planeta se llama Cementerio.

Los países se llaman Cementerio.

Las ciudades se llaman Cementerio.

Las aldeas se llaman Cementerio.

Las calles y avenidas se llaman Cementerio.

Las montañas, los valles, los ríos y los mares
se llaman Cementerio.

¿Cómo orientarnos?, ¿cómo?

145

La calle es invadida de repente:

ataúd y su séquito.

De los que van de luto

ninguno me resulta familiar.

Pregunto por el muerto,

me resulta aun más desconocido.

Soy ingenuo al hacerlo:

ese muerto soy yo,

con diferente nombre

y con distinto cuerpo.

DIÁLOGO DE LA FOSA Y EL CADÁVER

Cadáver: Te odio, mas eres mi pariente,

¿sabes qué es un pariente?

Fosa: No, dímelo, por favor.

Cadáver: Un pariente es alguien que devora a sus seres más cercanos antes que a los otros.

Fosa: ¿Me culpas o me entiendes?

Cadáver: Ni lo uno ni lo otro, te oscurezco simplemente al oscurecerme, ¡estómago que come humanos!

Fosa: Eres mi enemigo, ¿sabes qué es un enemigo?

Cadáver: No, dímelo, por favor.

Fosa: Un enemigo es alguien a quien te puedes comer.

147

Uno aprende a vivir

justo cuando no vale ya la pena.

Cuando las tripas

y la cabeza empiezan a agrietarse

y en dolor se resuelven y en sevicia.

Y los sueños disputan un hueco en el establo

junto al heno podrido y al estiércol.

Y el débil apellido no es cantado

por una bella chica que se ducha.

Y las cartas repiten

y repiten lo mismo hasta la nieve.

Cuando la infancia es

villancico con hongos.

Y se maldice mucho y se acepta

que el engaño posee su pervertido encanto.

Y la dulce mascota lo muerde en una pierna

o le orina la ropa.

Y la moda es dejar

la vida por sorpresas secundarias.

Y un obrero martilla

sobre un férreo muro, y cefalalgia.

Y la última mujer del universo

vive enseguida del aeropuerto

y ha preferido el cementerio a mi duda.

Y son las diez y el ocre de la terca mañana

es un insecticida para pulgas.

Uno aprende a vivir

exactamente dos años después de muerto.

FLÓBERT ZAPATA

Nació en Filadelfia, Caldas, Colombia, en 1958. Es autor de los poemarios *Copia del insecto*, (1991); *Después del colegio*, (1994); *Declaraciones*, (1999); *Ataúd tallado a mano*, (2005); del volumen de ficción súbita *La bestia danzante*,(1995); y de las compilaciones *La generación invisible*, (2000) y *Musa Levis. Breviario de poesía contemporánea de Caldas*, (2002). Es coautor de la compilación *Cuento caldense actual*, (1993).

Ha obtenido los siguientes reconocimientos: Universidad de Antioquia, 1993; Ciudad de Chiquinquirá, 1999; Antonio Llanos, 2001. Fue finalista del Premio de poesía del Ministerio de Cultura en las ediciones 1997, 2001 y 2002.